



## 7<sup>mo</sup> Congreso de Medio Ambiente

Actas 7mo Congreso de Medio Ambiente AUGM  
22 al 24 de mayo de 2012. UNLP. La Plata Argentina

### LA CRISIS DE SUSTENTABILIDAD DE LAS PRÁCTICAS URBANÍSTICAS: LA CIUDAD PENSADA Y LA CIUDAD REAL.

**The sustainability crisis of urban practices: The meant city and the real city.**

Edgardo J Venturini <sup>(a)</sup>, Víctor D Ávila <sup>(a)</sup>, Cristian Terreno <sup>(a\*)</sup>

<sup>(a)</sup>Instituto del Ambiente Humano y Cátedras de Teoría y Métodos y de Teoría de Diseño.  
Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Diseño, Universidad Nacional de Córdoba (FAUD-  
UNC). Av. Vélez Sársfield 264, Córdoba, Argentina. [secracad@faudi.unc.edu.ar](mailto:secracad@faudi.unc.edu.ar)

<sup>(\*)</sup> Autor para correspondencia: +54 (0351) 4872494 [cterreno@hotmail.com](mailto:cterreno@hotmail.com)

*Keywords: Sustainability - City – Urban Project - Public space*

*Título abreviado: La crisis de sustentabilidad de las prácticas urbanísticas*

#### ABSTRACT

The city and the urban show the effects of territorial transformation, result of the global economy, contradictions between logics of physical territorial permanence and financial volatility, between discourse and city conception (“meant city” and “planned city”) and the reality of production and development of the urban (“real city”). It is necessary to revise the relationship between building and city, between architecture (released from formalist obsessions and speculative positions) and urbanism (released from quantitative and regulatory visions).

From This, the aim of the presentation is to discuss urban-territorial transformations that occur at present and its effects as the urban crisis, based on the discussion of approaches to sustainability and the urban and its comparison with paradigmatic cases in the local and regional levels.

The paradigm of diffuse city evidences that, beyond the speech, the design involved a piecemeal way, with operations concentrated in detached themselves from their links to the totality, following territorial profitability logics without worrying about the effects and their causes in the urban structure and the territory. Heritage values of public space and urban fabric are gone, although a certain speech continues to mention it in relation to areas to revitalize and "gentrify" as a set of prestige.

The dissolution of the spaces of collective social life (street, square, open space system, galleries) involves the disappearance of public space in the new urban territory. It is not explicitly planned in new urban projects, it is trivialized in the traditional areas and is absent in the peripheral diffused agglomerations or reduced to specialized commercial areas.

Faced with this crisis, its way the idea of recovering the human dimension of the urban, generating conceptual, methodological and management processes that enable production and control of urban, in a participatory and democratic manner.

## **RESUMEN**

La ciudad y lo urbano, evidencian los efectos de transformación territorial resultantes de la economía globalizada, de contradicciones entre lógicas de permanencia físico territorial y de volatilidad financiera, entre discurso y concepción de ciudad (“ciudad pensada”, “ciudad proyectada”) y realidad de producción y desarrollo concreto de lo urbano (“ciudad real”). Se impone una revisión de las relaciones entre construcción y ciudad, entre arquitectura (liberada de obsesiones formalistas/especulativas) y urbanismo (liberado de visiones cuantitativas y reglamentaristas).

A partir de ello, el objetivo de la ponencia es discutir las transformaciones urbano-territoriales que se producen en la actualidad y sus efectos como crisis de lo urbano, en base a la discusión de enfoques sobre la sustentabilidad y lo urbano y su contrastación con casos paradigmáticos en el medio local y regional.

El paradigma de ciudad difusa evidencia que, más allá del discurso, el diseño interviene de manera fragmentaria, con operaciones concentradas en sí mismas desligadas de vinculaciones con el todo, siguiendo lógicas de rentabilización territorial sin preocuparse por los efectos que provocan en la estructura y el territorio. Los valores patrimoniales del espacio público y tejido urbano han desaparecido, aunque un cierto

discurso siga mencionándolos en relación con áreas a revitalizar y “gentrificar” como decorado de prestigio.

La disolución de los espacios de la vida social colectiva (calle, plaza, sistema de plazas, galerías) comporta la desaparición del espacio público en el nuevo territorio urbano: no se proyecta de manera explícita en nuevos proyectos urbanos y asentamientos; se banaliza en las áreas tradicionales; está ausente en las aglomeraciones periféricas difusas o reducido a concentraciones comerciales especializadas.

Frente a esta crisis, se abre camino la idea de recuperar la dimensión humana de lo urbano, generando instrumentos conceptuales, metodológicos y de gestión que permitan procesos de producción y control de lo urbano, participativos y democráticos.

## **INTRODUCCIÓN**

La presente ponencia se orienta a formular algunas reflexiones acerca de la relación entre arquitectura, proyecto urbano y ciudad real. Sobre esta temática, es posible identificar una serie de problemáticas vinculadas con la reflexión acerca del desarrollo urbano en términos de consolidación de situaciones, redefinición de otras existentes, aliento de otras nuevas que conduzcan a la conceptualización de una ciudad sustentable. Se abren, entonces, algunas líneas de reflexión-acción alrededor de temáticas tales como el área central y la centralidad, los espacios abiertos y el paisaje urbano, la situación de la infraestructura y la prestación de servicios urbanos, las extensiones urbanas, la relación entre ciudad y medio natural, con particular consideración de las situaciones de borde, la vinculación entre áreas urbanas y periurbanas productivas, la cuestión de la localización y “arquitecturización” de grandes equipamientos (institucionales, infraestructurales, comerciales, culturales), la recuperación y protección de patrimonio

(natural y cultural), la revisión de normativas vigentes y la formulación de nuevos instrumentos de orientación y regulación del desarrollo urbano.

En este marco se ha planteado la necesidad de integrar dos visiones, la de la perspectiva urbanística y la del gesto arquitectónico.

La perspectiva urbanística asegura tener en cuenta el carácter del medio, de las transformaciones existentes así como la estructura del paisaje urbano. Ella identifica la calidad y el valor de los espacios urbanos, la calidad de sus límites, los alineamientos, alturas y densidades, es decir, los elementos tendientes a asegurar la integración de los proyectos particulares en el contexto de inserción, sin por ello renunciar a la unicidad o a la originalidad del hecho arquitectónico mismo. El gesto arquitectónico, por su parte, viene a reforzar el espacio urbano por la inserción de nuevos elementos o a modular la trama existente inscribiéndose en ella de manera íntima.

Por regla general, la práctica tradicional del urbanismo se ha limitado a los aspectos funcionales, reconociendo, como al pasar, la necesidad de una programación acompañada de una instrumentación normativa que involucra cuestiones formales. El resultado de esta práctica, a pesar de notables situaciones que produjeron la elaboración de criterios específicos para algunos proyectos relevantes, ha sido el de nivelar los caracteres de unicidad buscados desde lo arquitectónico, homogenizándolos en el conjunto urbano buscado por el urbanista.

Reaccionando, sin dudas, contra la corriente funcionalista en urbanismo, los arquitectos han elaborado un discurso que se asimila al de la obra de arte: imponerse, básicamente, por la realización de una obra y luego asegurar que ella es y será única, esperando, al mismo tiempo, que haga escuela. Pero he aquí que la obra de arquitectura, por muy elaborada que sea, no siempre participa con éxito en la composición de la trama urbana en cuyo interior busca inscribirse; puede, incluso, llegar a entorpecer el equilibrio y

desestabilizar la unidad morfológica del ambiente como totalidad compleja e integrada. El conflicto aparece en términos de urbanismo como totalidad o arquitectura como fragmentos que por yuxtaposición generan el espacio urbano. Ciertamente que las tendencias actualmente dominantes en materia de producción del espacio y de la ciudad muestran una fuerte inclinación hacia la última opción. También es cierto que los resultados de estas operaciones están a la vista, en términos de caos morfológico-espacial-funcional urbano, con pérdida de legibilidad, de patrimonio, de calidad ambiental, que se traducen en pérdida creciente de calidad de vida en el medio urbano.

#### UN ENFOQUE SUPERADOR: EL PROYECTO URBANO AMBIENTAL

Pensar la ciudad por fragmentos es posible a condición de ir y venir a ciertas lógicas que conduzcan a tomar en cuenta la totalidad urbana. Ello implica adherir a la visión del fragmento como parte de unas lógicas más abarcales (ligadas a los conceptos de continuidad/discontinuidad, homogeneidad/diversidad-diferenciación, tramas de espacios abiertos, de sistemas de vinculaciones urbanas, de decisiones de inversión, de lectura e interpretación, etc.).

La lógica del fragmento en relación a la totalidad urbana (que se supone pretende constituir/conformar) debería evitar la idea de espacio-tiempo de la pura casualidad, de la pura voluntad “de forma” de la práctica artística, cuando lo que está implicado en este juego es la calidad de vida y del ambiente de una comunidad y de los diferentes grupos sociales que la componen.

No se trata de la resolución de parcialidades esparcidas en un espacio-tiempo precario e inestable sino de la organización formal-funcional de estructuras ambientales posibilitantes de las prácticas sociales que definen la identidad (no transitoria ni recortada) de una comunidad (no de individuos aislados).

La visión del fragmento absorbe, en este marco conceptual, el espesor cultural (social e individual) de las distintas situaciones urbanas (existentes y emergentes), constituyendo, entonces, un medio de salvaguardia de la unidad cultura urbana/ciudad, es decir, de la unidad del todo urbano y de la individualidad de las partes que lo componen. Así como en el ambiente natural la diversidad es un principio de “salud” del sistema, también lo es en el ambiente urbano, en la medida que permita al individuo recomponer las relaciones básicas con el todo afirmando su sentido de pertenencia, de identidad con el lugar social, cultural.

Lo urbano no es una simple coincidencia de fragmentos contruídos en un espacio geográfico. Es el producto de un conjunto de múltiples procesos que se desarrollan a escala de todo el ambiente de la ciudad, procesos que mantienen sutiles relaciones de equilibrio inestable, dinámico.

Por ello, abordar la cuestión de su ordenamiento no puede reducirse a delimitar perímetros de obras particulares. Por el contrario, deben entenderse los procesos de los cuales es producto y expresión, comprendiendo sus lógicas y sus tendencias y analizando sus articulaciones en el espacio ambiental.

La ciudad es lugar privilegiado de integración, de coordinación de prácticas, de identificación simbólica, creando las necesarias condiciones para la comunicación entre los actores, con lo cual la ciudad se convierte en el generador de relaciones sociales a través de una multiplicidad de interacciones posibles, vehiculizadas por situaciones espaciales/morfológicas estructurantes básicas.

En este sentido aparece la idea de proyecto urbano ambiental como punto de integración y de referencia de ambas prácticas. El proyecto urbano no deriva mecánicamente de un programa funcional, sino que procede de un sistema de intenciones referidas al espacio, sus prácticas, sus significaciones. Responde a la pregunta ¿qué ciudad queremos? pero

también ¿qué ciudad podemos construir?, y al mismo tiempo contribuye a su formulación.

En este sentido es un proyecto arquitectónico, porque sobre todo es una “puesta en forma”: definición de la forma de los espacios públicos urbanos y características formales de las construcciones que los delimitan aunque sin definir el proyecto arquitectónico en sí de estas construcciones.

El rol del proyecto urbano es el de representar las calidades concretas del espacio, es decir, la cualidades de uso, de sentido y de forma. Tiende a representar las características esenciales de la forma urbana definida de dos maneras complementarias:

- como reglas que generan y organizan el tejido con sus características repetitivas y sus posibilidades de diferenciación (amanzanamiento, parcelamiento, tipologías, modos de sustitución y de ocupación, jerarquías de vías y de espacios exteriores);
- como composición urbana (trazados, relaciones con el medio natural y/o construido existente, rol de la monumentalidad, formalización de los principales espacios públicos).

Se trata, por un lado, del sistema urbano y por otro, de la formalización que responde a las intenciones de proyecto. El principio mismo del proyecto urbano es el de poner la arquitectura al servicio de la calidad urbana.

La función del proyecto urbano es proveer un “contexto urbano”, es decir, espacios de referencia calificados para las intervenciones arquitectónicas.

La finalidad del proyecto urbano no es la perfección de unidades formales sino la restitución del espacio al uso; es permitir prácticas sociales en el espacio, es quitar el espacio de la ciudad a la lógica productivista-empresarial y a las lógicas burocráticas y de exaltación del yo profesional para devolverlo a los habitantes.

Cabe recordar que la calidad y la identidad de un lugar urbano se remiten a un conjunto complejo de características formales, de valores simbólicos y de prácticas (reales y potenciales) que le permiten existir más allá de su función programática. Así, por ejemplo, una calle no es una ruta ni tampoco un patio es una plaza; estos elementos constituyen calidades espaciales concretas que se imbrican como conjunto en un sistema de convenciones que organizan una cultura urbana. Estas convenciones práctico-simbólicas conciernen al espacio público pero también a lo construido; no constituyen sólo un modo de clasificación sino una estructura de correspondencia entre los usos y las representaciones de los habitantes y las prácticas de los constructores.

En este sentido se plantea la calidad de las relaciones entre arquitectos, urbanistas y habitantes: el “espacio” concebido por los dos primeros debe ser permeable a las prácticas y símbolos de los últimos. La cultura urbana se presenta como un fenómeno dinámico en explosión; se trata de comprenderlo, interpretarlo y transponerlo en el orden espacial-ambiental: tal es la finalidad del proyecto urbano.

Las reglas del proyecto urbano deben ser siempre negociables, refiriéndose no a unos códigos formales sino a un sistema de intenciones espaciales que organizan el proyecto. Existen, en efecto, un gran número de respuestas potenciales y emergentes y en ello está el riesgo pero también la riqueza del proyecto urbano al hacerlas posibles, sobre la base de la concertación, la negociación y el acuerdo de los actores implicados en el proceso. Esta cuestión de las posibles relaciones “positivas” entre arquitectura, proyecto urbano y ciudad nos llevan a una reflexión acerca de las maneras y condiciones en las cuales estamos haciendo ciudad en el presente.

## **LA CIUDAD DIFUSA COMO EXPRESIÓN DE LA CRISIS**



La ciudad, y, en un sentido más amplio, el campo de lo urbano, evidencian dramáticamente los efectos de la transformación territorial resultante de la economía globalizada, manifestando las contradicciones entre las lógicas de permanencia de lo físico territorial y las lógicas volátiles de la economía del capitalismo tardío. Entran en contradicción el discurso y la concepción de la ciudad (la "ciudad pensada, proyectada"), por un lado, y la realidad de la producción y desarrollo concreto de la misma (la "ciudad real"), por otro.

Si en el paradigma de la gran metrópolis aún tenía vigencia el principio gravitatorio de estructuración espacial del territorio, con clara existencia de centros que tensionaban la organización del territorio urbano, con importantes funciones todavía atribuidas al espacio público de las áreas de centralidad (lugar de reunión, de encuentros, de concentración política, de lucha reivindicativa, de esparcimiento, de deriva), en el nuevo paradigma de dispersión urbana la idea misma de área central y espacio público es puesta en cuestionamiento y desaparece, remplazada por los espacios de pura conectividad entre fragmentos de territorio urbanizado exclusivamente organizados en base a la diferenciación de espacios privados.

*"...los espacios públicos tradicionales son remplazados cada vez más por espacios contruidos y poseídos por entidades privadas (aunque frecuentemente con subsidios públicos), destinados a la congregación administrada del publico, es decir, espacios para el consumo...El acceso depende de la capacidad de pagar...Aquí reina la exclusividad, que asegura los altos niveles de control necesarios para impedir que la irregularidad, la imprevisibilidad y la ineficiencia entorpezcan el curso pacífico de los negocios."(Flusty, 1997)*

La disolución de los espacios de la vida social colectiva (la calle, la plaza, el sistema de plazas, las galerías) en la ciudad difusa comporta la desaparición del espacio público en

el nuevo territorio urbano: no se proyecta de manera explícita en los nuevos proyectos urbanos y asentamientos; se banaliza en las áreas tradicionales destinándolo a nudos de tránsito, estacionamiento, conexión, sede de los flujos circulatorios; está ausente sistemáticamente en las aglomeraciones periféricas difusas o reducido a concentraciones comerciales especializadas (cuyo paradigma es el hipermercado y el shopping).

El presupuesto que puede expandirse indefinidamente los espacios de asentamiento humano en un territorio es la primera manera de neutralizar el valor (no sólo económico, sino básicamente cultural, social, psicológico) de cualquier espacio determinado; la disolución y pérdida del centro es la segunda manera efectiva de neutralizar el espacio urbano. La ciudad y lo urbano son, esencialmente, una construcción social orientada a favorecer, consolidar y desarrollar determinados lazos del grupo social en un ambiente determinado. La ciudad difusa del capitalismo avanzado ha perdido ese carácter esencial de lo urbano: más que una ciudad, es una aglomeración de cosas e individuos, un gigantesco archipiélago de islotes aislados entre sí, aunque altamente conectados (en algunos casos) por estrictas razones operativas de rentabilización de las inversiones. Estos islotes, fragmentos de nuevos colectivos funcionales, desarrollan estrategias de relegación, de cierre, de exclusión del "otro" en el cual se percibe el peligro de la diferencia. La ciudad difusa ha dejado de ser el medio de la sociedad para ser una aglomeración de lugares de colectivos más o menos homogéneos (por cuestiones básicamente funcionales económicas). Más que habitar un medio urbano, los sectores acomodados de la nueva ciudad difusa habitan lugares aislados voluntariamente (paradigma de la "marginalidad buscada y deseada"). Tal es el caso de las nuevas élites económicas surgidas de los últimos procesos del capitalismo tardío, cuyo paradigma es el "barrio privado" cercado y con acceso negado para quien no pertenece al mismo. O las nuevas áreas del terciario avanzado y del mundo

financiero, cuyo ejemplo más elocuente es el centro de negocios de Houston, trama de calles subterráneas de más de nueve kilómetros de longitud organizada para conectar el distrito de negocios, sin acceso directo desde las calles sino sólo desde los bancos, compañías petroleras y de servicios avanzados. La contrapartida son los lugares de marginación y exclusión (barrios tradicionales empobrecidos y deteriorados, villas miseria) y el creciente abandono y degradación de áreas centrales antes prósperas.

Aunque cada época produzca su propia expresión arquitectónica, no deja de ser necesario recordar que las características de toda intervención deberían estar subordinadas a su inserción en la estructura urbana, entendida ésta como un sistema de hechos significativos para sus habitantes. Un enfoque de este tipo abre la posibilidad de considerar y establecer las relaciones entre arquitectura y realidad urbana como extensión concreta del campo de las demandas y de las prácticas sociales del espacio. Una aproximación tal requiere el reconocimiento de exigencias sociales menos explícitas pero, con todo, asumidas más o menos conscientemente por los habitantes. Se trata, en definitiva, de reconocer los elementos de la cultura urbana (o, mejor, de las culturas urbanas de la ciudad) involucrada en la consideración del lugar a conformar. La calidad y la identidad de un lugar urbano se refieren a un conjunto complejo de características formales, de valores significativos y de prácticas potenciales que le permiten existir más allá de su mera función formalizada en el proyecto presente, más allá de la mera construcción de una imagen de ciudad a partir de los actos proyectuales y políticos que organizan la gestión de la ciudad.

A este respecto, teniendo en cuenta el punto de vista de Manfredo Tafuri (1977) sobre la ciudad moderna puede afirmarse que el hecho de desleir la atención en el consumo de imágenes (percepción distraída) reduce toda estructura a superestructura. Por un lado está el ambiente como campo de imágenes, como sistema de superestructuras visivas,

como recuperación casual de patrimonio y prácticas, producto de una reorganización visualista destinada a un rápido consumo. Por otro, está el ambiente como estructura, como contenido de valores históricos, sociales, culturales, ambientales conexos entre sí, como permanencias significativas con alto poder de “diálogo” con la comunidad. Disimular esta condición de estructura implica presentarlo a la percepción distraída como campo asintáctico de puras imágenes destinadas a consumirse rápidamente, fundando una nueva dimensión del comportamiento colectivo.

En la escala de valores aparecida a partir de la segunda revolución industrial y del fenómeno de concentración metropolitana, fuertemente consolidada en las últimas décadas, los objetos devienen imágenes y el sujeto (el hombre) deviene cosa. La industria y la ganancia se mueven a un ritmo uniformemente acelerado. Con la destrucción del objeto como valor aparece la producción de puras imágenes, que tienden a multiplicarse y repetirse al infinito. Para que ello sea posible, debe anularse en el hombre la capacidad de valoración, borrando de la conciencia el sentido de los valores y la actitud crítica. Como la imagen no es, en sí misma, objeto de juicio, se recurre al bombardeo eidético (visual, sonoro), a través de los media tanto como de la arquitectura que construye el ambiente espacial urbano. Aquí no es cuestión de calidad del producto sino de hacer que los individuos convertidos en consumidores demanden aquello que se les hace demandar mediante los sistemas de condicionamiento social.

Uno de los aspectos urbanos más afectados por estas nuevas estrategias de producción de la ciudad y lo urbano es el patrimonial. En el centro del concepto de patrimonio urbano se hallan los espacios públicos de la vida social y los objetos arquitectónicos que los configuran y organizan, considerados en su dimensión histórico-cultural y morfológico-ambiental, que han sido y son la expresión y el soporte de un conjunto de

prácticas, de un saber-hacer, de un saber-vivir, de maneras de percibir, de creencias, todos ellos parte integrante de la identidad de las culturas contemporáneas.

En efecto, el nuevo paradigma urbano de la ciudad difusa se asienta sobre la desaparición de elementos urbanos tradicionales como la *continuidad espacial*, la *densidad* (manifiesta en el concepto de tejido, intensidad de uso del suelo y regularidades tipológicas de ocupación del suelo), la existencia de *relaciones funcionales articuladas* (como, por ejemplo, la relación trabajo-residencia organizada por estrategias de movilidad intraurbana), la existencia de *espacios públicos jerarquizados de uso social*, la existencia de *áreas de centralidad ligadas a funciones representativas vinculadas con la tradición histórica* de la ciudad que conllevan una fuerte carga simbólica de identidad urbana y constituyen factores decisivos en la estructuración del sentido de pertenencia, de ciudadanía local.

En las ciudades difusas la "nueva verdad urbana" es la realidad específica del fragmento. Sin preocuparse ya por la totalidad urbana, los problemas del contexto y del ambiente urbano, los pragmáticos de las nuevas inversiones oportunistas reducen la cuestión de lo urbano a la resolución óptima de estos fragmentos específicamente localizados. La ciudad difusa acaba siendo una estructura dispersa de enclaves protegidos para las nuevas élites económicas y guetos internos de marginación involuntaria y exclusión, con importantes áreas y centros tradicionales en retroceso. La factibilidad de estas inversiones se calcula sin tomar en cuenta los costos derivados de las consecuencias de este modo de hacer lugares "urbanos" (costos económicos derivados de inversiones en capital fijo por extensión de servicios e infraestructura, costos sociales derivados de la no-inversión en lugares con severas carencias de condiciones de habitabilidad que el Estado tampoco encara, costos ambientales derivados de la pérdida de sustentabilidad del nuevo territorio urbanizado, etc.). La

ciudad que aparece como producto de estos procesos ya no tiene "murallas" o fronteras exteriores: está atravesada por barreras en su interior que evidencian la "explosión del desorden" local en el mundo de los negocios oportunistas del "nuevo orden globalizado" del capitalismo tardío, contribuyendo decisivamente a la desintegración de las formas locales de solidaridad y vida comunitaria.

La construcción de la ciudad difusa que se concreta a través de la extensión indeterminada hacia cualquier dirección del territorio, la ocupación de terrains vagues y el enfoque del infill, con arquitecturas de contenedores desparramados en el territorio, casi negados al entorno, dotados de una parafernalia de medios de control y restricción/prohibición de acceso, torna evidente el conflicto surgido entre los conceptos de ciudad y los modos de producción y control de la ciudad y lo urbano.

El despliegue de estas estrategias se percibe cada vez más como creador de nueva pobreza: tanto en términos económicos, como políticos, psico-sociales culturales (pobreza de identificación, pérdida del sentido de pertenencia, desaparición del sentido de comunidad, pérdida creciente de calidad de la vida social e individual), ambientales (pérdida creciente de capital ecológico y de calidad ambiental). El proceso de construcción de la aglomeración difusa está teniendo resultados alarmantes en materia patrimonial, vinculados con la destrucción del tejido social y de valores culturales identitarios (crecimiento de los procesos de marginación y exclusión, desintegración de las prácticas comunitarias y dilución de vínculos sociales, pérdida de tradiciones, culturas y patrimonios locales frente a una creciente estandarización de los entornos urbanos en base a imágenes "globalizadas" que suponen una uniformización acelerada de los espacios y los medios urbanos donde lo local ya no tiene lugar). En este proceso se produce la negación de la necesidad de representación de lo social local en el espacio y en el tiempo como identidad de una particular relación entre grupo social, memoria,

sistemas de representación/simbolización y territorio. La destrucción del paisaje local da lugar, por substitución, a la generalización de paisajes estereotipados en el hiperespacio informático y en el consumo de mercancías (incluido allí los nuevos "espacios urbanos" que en muchos casos constituyen no-lugares y no-espacios urbanos), dirigidos a individuos que han perdido el "apego" a su ciudad y asumen un sistema de relaciones superficiales y distantes con la misma, por lo cual han perdido la conciencia crítica y la capacidad reflexiva crítica frente a la nueva realidad física y la consiguiente impostación de paisajes "globalizados" estandarizados que impiden desarrollar todo sentido de pertenencia y de arraigo con lo local.

De esta manera, el nuevo paradigma de la ciudad difusa y las estrategias de "reposicionamiento competitivo" han hecho estallar la ciudad, han erosionado rápidamente la calidad de los espacios urbanos, con la desaparición del espacio público. El paisaje resultante, atravesado por autopistas en todos los sentidos de la extensión territorial, muestra la emergencia casi caótica de puntos de concentración de edificación más densa en un mar de edificación baja correspondiente a los distintos sectores residenciales, fuertemente diferenciados en cuanto a su calidad según los estratos sociales a los cuales están destinados. El territorio de la aglomeración difusa se parece a una gigantesca periferia continua, salpicada cada tanto de torres y núcleos densos, perdiendo coherencia y sentido de lo urbano.

Todo ello configura un cuadro de crisis de sustentabilidad urbana, dado el descontrol en la utilización y reproducción de los recursos renovables y no renovables. Se ha producido la privatización de gran número de espacios urbanos bajo la forma de enclaves, aquellos lugares más valorados desde el punto de vista económico y social por los sectores dominantes, donde se localizan las sedes del poder económico y político y la residencia y servicios de sus miembros, con un fuerte control de acceso a los mismos.

Las áreas centrales, lugares por excelencia de lo urbano multifuncional, pasan a convertirse en espacios unifuncionales de comando. Como objetivo de la gestión urbana se tiende a hacer de la ciudad no un espacio de relación y convivencia sino el espacio competitivo de la ciudad-empresa.

Este nuevo modelo enfatiza la necesidad de un planeamiento flexible, adaptado a las cambiantes condiciones de la economía, con la finalidad de responder a los intereses privados sobre determinadas áreas urbano-metropolitanas, privilegiando los proyectos "concretos" por sobre los lineamientos generales que organizan la ciudad. Dado que es necesario producir fuertes reestructuraciones de determinadas áreas o enclaves, debe contarse con un marco flexible de planeamiento que pueda ser alterado en cualquier momento para acomodarlo a la conveniencia de los requerimientos de localización de actividades. Estos cambios en la producción de la ciudad se manifiestan también en la gestión de lo urbano como crisis de los factores de control de esa producción.

Nuevas orientaciones empresariales del planeamiento, como el planeamiento estratégico, parten del reconocimiento que los parámetros de rendimiento del capital globalizado operan como los "verdaderos" instrumentos de control de las transformaciones urbanas, más allá de las lógicas de localización preestablecidas y por encima de cualquier sistema prescriptivo normativo estatal, siendo por ello la clave de las condiciones de competitividad urbana que ha remplazado la función de productividad en el esquema de sustentabilidad urbana. El plan estratégico aparece, así, como un proceso de exploración de tendencias del capital fluído para generar condiciones de atracción de inversiones en base al ofrecimiento de ventajas comparativas con respecto a otras aglomeraciones. Si el planeamiento tradicional se proponía modelar y gestionar una sociedad urbana entendida como comunidad, el planeamiento estratégico desarrolla el concepto sociedad urbana empresarial en la cual



los actores son "socios" de una nueva figura de ciudad como "empresa". El plan estratégico, más que proponer una imagen espacial-morfológica de ciudad, propone un espacio de concertación y acuerdos para facilitar los negocios urbanos tendientes a un mejor posicionamiento de la ciudad en el marco de las nuevas estrategias urbanas "globalizadas".

En este marco flexible han encontrado un espacio privilegiado los denominados "planes de proyectos", cuya mejor manifestación son los llamados "grandes proyectos urbanos" y los "megaemprendimientos", fuertemente definidos por su carácter autonómico como unidades de producción de lo urbano y como instancias de auto-control en base a las específicas características técnico-constructivas y económicas de cada emprendimiento. Se impone el criterio de fragmento urbano cerrado, expresado en contenedores más o menos híbridos y flexibles para adaptarse rápidamente a los cambios de demanda de usos, generando una verdadera anomia del lugar urbano, contrapuesta al concepto de paisaje como significación del lugar urbano. Aquí se disuelve todo criterio de continuidad de tejido, de contextualización morfológico-funcional; cada proyecto se entiende y resuelve como totalidad en sí, sólo vinculada con el resto de la aglomeración por redes de conexión (viales e informáticas), pero, eso sí, aprovechando al máximo de sus posibilidades las redes infraestructurales (capital fijo) normalmente requeridas a la administración municipal.

## **PERSPECTIVAS SUPERADORAS**

Frente a este verdadero desastre de lo urbano contemporáneo, se abre camino la idea de recuperar la dimensión humana de lo urbano, generando instrumentos conceptuales, metodológicos y de gestión que permitan procesos de producción y control de lo urbano participativos y democráticos, como proceso de reconstrucción del sentido de

ciudadanía y de corresponsabilidad social (de los habitantes, los gobernantes, los empresarios, los inversores y, por supuesto, los profesionales, básicamente el caso de arquitectos / urbanistas / planificadores) en la producción de la ciudad y lo urbano.

Recuperando la noción de dimensión humana de los hechos urbanos a través de la consideración de las prácticas sociales del espacio, ¿no será este el momento de ver cómo conciliar el proyecto de diseño (en tanto competencia profesional socialmente consagrada) y las prácticas sociales para las cuales se proyectan, formalizan y consagran espacios-lugares destinados a albergar, a posibilitar, a potenciar modos del habitar humano, del habitar en la ciudad? ¿No implica esto, acaso, la necesidad de apelar tanto al “arte urbano” como al “arte de vivir en la ciudad”, la tradicional urbanidad, como fundamentos de esta “refundación” de la ciudad sobre la base del contenido múltiple de las prácticas sociales que la generan y le dan sentido?

## **BIBLIOGRAFÍA DE REFERENCIA**

- Bauman, Z 1998 *La globalización. Consecuencias humanas*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires
- Candau, J 1996 *Antropología de la Memoria*. Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires.
- Choay, F 1992 *L'allégorie du patrimoine*. Paris: Éditions du Seuil.
- Ellin, N (editor) 1997 *Architecture of Fear*. Princeton Architectural Press. New York.
- Fernández, R. 1998 *El laboratorio americano*. Editorial Biblioteca Nueva. Madrid

- Heck, M. (coord.) 1993 *Grandes metrópolis de América Latina*. Fundação da América Latina / Fondo de Cultura Económica. Sao Paulo.
- Jameson, F 1998 *El giro cultural*. Ediciones Manantial. Buenos Aires.
- Jeudy, H-P 1986 *Mémoires du social*. Presses Universitaires de France. Paris
- Neira Alva, E. (coord.) 1996 *El desarrollo sustentable y las metrópolis latinoamericanas*. El Colegio de México / PNUMA. México
- Seguret, F.2002 *Masse, mémoire, fiction*. Sens & Tonka. Paris
- Sennett R. 1977 *El declive del hombre publico*. Ediciones Península, Barcelona
- Torres Ribeiro A. C, comp. 2000 *Repensando a experiência urbana da América Latina: questões, conceitos e valores*. CLACSO. Buenos Aires.
- Tafuri M. 1977 *Teorias e historia de la arquitectura*. Edit. Laia. Barcelona